



MANUEL
MARTÍN FERRAND

¡VIVA LA BRONCA!

Zapatero ha entregado toda su capacidad creadora y conspiradora al mantenimiento de las dos Españas

MUY lejos de mi ánimo entrar en la polémica que cursa en torno al lugar en que debieran reposar los restos del anterior Jefe del Estado, Francisco Franco. Aparte de que su destino final me interesa lo mismo que el de los de Berenguela I de Castilla, ¿cabe más inoportunidad, en un momento difícil como el que vivimos, que abundar en el tráfico de muertos y tratar de reabrir las heridas guerracivilistas que, en buena medida, habían cicatrizado con la Transición? Del mismo modo que cada tonto reclama su tiza, José Luis Rodríguez Zapatero ha entregado toda su capacidad creadora, gestora y hasta conspiradora al mantenimiento de las dos Españas. Un lujo que no debiéramos perpetuar porque, a la vista de la situación económica, es algo que no nos podemos seguir permitiendo. Con una tenemos suficiente y, por lo que vemos, sobrepasa nuestra capacidad presente.

Hace falta ser muy ingenuo o muy perverso para, desde La Moncloa, dejarle una herencia cainita y conflictiva, además de innecesaria, al próximo inquilino de tan singular y cenizo palacio presidencial. Jugar con los espíritus como guinda para la tarta de la memoria histórica que ha elaborado Zapatero como trabajo principal de sus años de Gobierno acredita alta responsabilidad. Hacer ahora lo que, con buen sentido, no hicieron los Gobiernos de UCD y, después, los de Felipe González y José María Aznar —cada uno por razones diferentes— acredita, no lo sé muy bien, la perversidad o la inconsecuencia de un personaje de mucho talante, poco talento y ningún sentido de la convivencia pacífica y fraternal.

Se empieza jugando a la resurrección de los muertos, algo prematuro antes del Juicio Final, y se termina asistiendo al denigrante espectáculo de que los representantes del pueblo soberano se insulten y agredan a la salida de un pleno municipal, como ocurrió en Oviedo. El número dos del PP en el Ayuntamiento asturiano (17 escaños), Agustín Iglesias Caunedo, y el uno del Foro Asturias, Arturo González de Mesa (7 escaños y segunda fuerza del Consistorio) se enzarzaron en una confrontación raquera, impropia de su edad y condición. Aquí ni tan siquiera cabe la triste, pero rotunda, explicación de las dos Españas. Es la bronca por la bronca entre dos formaciones de parecido color. Algo que envilece nuestra vida política y evidencia la mala calidad de nuestra democracia. En los partidos no funciona la selección del personal y en la calle no prospera la idea de la exigencia según hechos y conductas y se prefiere la adhesión según emblemas y banderas. El poder verdadero, el pueblo, debiera ser más cuidadoso en la elección de sus representantes.